

Armando Donoso por Guillermo Feliú Cruz (Nacimiento, 1969).— Con bella y alentadora concordancia, como si se hubieran convenido, biografía, críticos y memorialistas, al evocar la imagen de Armando Donoso, colocan en primer término su rasgo dominante; la generosidad, su afán de ayuda al prójimo, no importa, quien fuera, amigo o adversario, simpatizante o no. Siempre estaba pronto a entregarle sus conocimientos, su vastísima erudición, la masa de documentos que su paciencia iba acumulando y que ¡ay! al tiempo no le dejaría aprovechar en beneficio propio.

Diriase que presentía su final precoz. Porque ese hombre pequeño, todo cerebro, todo corazón, hallábase destinado a morir por donde más había abundado.

Cada uno que lo encontró tiene alguna anécdota parecida que contar. Uno ensayó en su contra las primeras armas que otros pusieron en sus manos y él creía de buena fe esgrimir, no sin entusiasmo. Esos ataques le valieron contraataques. Cuando los esperaba de la propia víctima, le sorprendió que era ella casi la única que lo excusaba y lo comprendía, insinuando su defensa.

Ejemplo único que no olvidaría nunca y le sirvió de enseñanza.

Dicho está que esta confianza sin medida no le evitó decepciones y hasta un tardío arrepentimiento.

Un informador periodístico apresurado quería pronto datos para la semblanza de una poetisa excelsa. Donoso le facilitó a fardo cerrado su repertorio de cartas íntimas. El periodista, por razones técnicas, eligió la más comprometedora, la menos publicable. Durante cierto lapso, la bomba de tiempo pasó inadvertida hasta que un ojo interesado la descubre y la poetisa, herida a distancia por su explosión, hubo de abandonar de un día a otro sus funciones en un país extranjero, donde alguien (no podía faltar), ambicionaba suplantarla. El episodio originó una cadena de resonancias que deberán repercutir largamente sobre varios destinos, entre interpretaciones y cargos equivocados.

También la generosidad requiere límites. La de Armando Donoso no los reconocía ni quiso recoger la experiencia. Llevaba esa virtud hasta el vicio.

Noble debilidad que ahora pone de relieve el examen de su existencia y permite a Guillermo Feliú Cruz y Héctor Fuenzalida, su prologuista, trazar la semblanza del crítico y su época con perfiles sólidos, fundados en hechos, y que realzan su figura.

Pese a estar en manos de otro investigador, potente, la empresa de Feliú Cruz, no logra abarcar la amplitud de la obra de Donoso, sino insinuarla, señalando sus proyecciones.

El "chico Donoso" era enorme.

Quienes le conocían, maravillábanse de su infatigable actividad, de sus infinitas ocupaciones, y que, entre tanto moverse, ir y venir, leer, escribir, caminando de una a otra parte, todavía le sobrara espacio para preocuparse del

amigo, del conocido, del simple solicitante importuno. Feliú Cruz cita a uno: (pág. 8), "¿Cómo tiene tiempo de leer lo que lee y en qué recámaras del cerebro guarda el misterioso archivo de su memoria? ¿De dónde saca las energías para sus múltiples actividades y, después de trabajar para sí mismo, le quedan voluntad y fuerzas para moverse y correr en el servicio de los demás?" Desempeñaba simultáneamente innumerables cargos y en todos estaba siempre disponible, informado, atento... "...lo he visto en "El Mercurio" como Jefe de Crónica, rector de editoriales, encargado de la sección Día a Día, corregir pruebas, enviar artículos a las revistas de medio mundo, formar planes de vastos libros, componer antologías y hacer semblanzas por colecciones, sin que le faltaran horas para recibir a periodistas extranjeros, cuya lengua hablaba, porque era políglota, presentarlos al público y ponerlos en relación para que encontrarán una atmósfera propicia. Lo he hallado más tarde en las librerías adquiriendo libros, volúmenes recién llegados que su curiosidad perseguía. Un día fui al Ministerio de Instrucción Pública tras unos datos. Allí estaba Armando Donoso. Era Jefe de Oficina. Me dio los datos, salió conmigo a hablar con el Ministro, consiguió lo que buscaba, me explicó que hacía quince años desempeñaba ese puesto, donde tenía un trabajo enorme". La maquinaria burocrática se estremecía bajo su paso nervioso, menudo, infatigable. Equivalía a una Academia que tomara en serio su papel, vivía en su perpetuo ajeteo de papeles agitados.

Feliú Cruz, otro que tal, especie de don José Toribio Medina, que ha llegado a parecersele hasta en lo físico y va para el monumento, ha reunido sobre él noticias que proceden de la infancia y deja testimonio de sus días estudiantiles, nada tranquilos. Un día el liceo se levantó en armas reclamando a viva fuerza sus derechos a unas horas de asueto escamoteadas. Año 1905. "Fue aquí —recuerda Donoso en unas memorias íntimas— un asalto y un pugilato en el cual los que menos podíamos no contuvimos la mano inconsciente que lanzaba guijarros contra los cristales de las ventanas". Las eternas víctimas. "Arremolinados todos los cursos, enardecida la muchachada, se agolpaba en las calles vecinas al liceo. Bien pronto el desorden tomó proporciones de motín y, entonces, apareció la policía, mientras el pueblo acudía a presenciar aquel espectáculo, en verdad poco edificante para la enseñanza y el establecimiento. Recuerdo —sigue Donoso— ese día cuando, durante la hora del almuerzo, le oí decir a mi madre, presa de exaltada indignación:

—Es una barbaridad, esto no ha ocurrido nunca en el Seminario, hay que sacarlo del liceo..."

Estas palabras mostraron a Donoso angustiado la perspectiva de días nefastos, el castigo, la sotana, la tonsura y los largos corredores seminaristas rumiando lecciones de latín y textos filosóficos del Padre Ginebra, espanto del estudiantado.

Tiempos de don Enrique Molina y de Alejandro Venegas, el Dr. Valdés Canje de "Sinceridad".

"Un día Venegas, al tratar de Ercilla, nos leyó algunas octavas reales de La Araucana, preguntándonos luego:

—A ver, niños, ¿les gustan?"

"Temerosos de incurrir en un desacato, ninguno de nosotros respondía, hasta que un muchacho nervioso, inteligentísimo, Manuel Bart, se incorporó en su banco y le dijo:

Perdón, don Alejandro, eso me parece una lata.

"Sonrió Venegas y cuando nosotros esperábamos el regaño, nos advirtió:

—Ante todo, debemos tener el valor de la sinceridad. Si no les gustan las estrofas de Ercilla ¿por qué no lo dicen? "Y tomando pie de esa respuesta, nos habló durante toda la hora de clases sobre el poeta soldado. Analizó el poema, desarmó con la prolijidad de un relojero algunas de sus octavas reales para asegurarnos que nunca pudo ser poeta rimador tan vulgar que escribió de memoria sobre cuanto veía a quien han rendido culto las generaciones, tal vez porque nunca leyeron su inacabable poema. Nunca un maestro pudo impresionar de tal manera al educando; jamás un profesor contribuyó con tal acierto a formar el carácter y despertar el gusto por el estudio".

El carácter, sin duda; la afición al estudio, también. Sobre el gusto, así, en general el gusto literario, convendría entenderse.

El de Armando Donoso admitía reparos, al menos como artista. Su prosa se resentía de apresuramiento y denunciaba la improvisación. No cuidaba de eliminar algunas metáforas que lo hicieran famoso, como el "camino de Damasco"... Parece haber tenido tentaciones políticas, soñaba con un libro de versos que lo inmortalizara. Tuvo la cordura de abandonarlos, no la paciencia de corregir, depurar, contenerse y cuidar la frase. Dejébase arrastrar por el frenesí, desdefiaba la rienda, no media el paso, más anheloso de la cantidad que de la calidad.

Ello no menoscaba la magnitud de su obra, parte de la cual aún permanece inédita, ni impide que su muerte, a los sesenta años de edad, significara una catástrofe para el movimiento literario chileno que él, como nadie, contribuyó a impulsar aportándole elementos enriquecedores tomados de su enciclopédica cultura alemana, de su entusiasmo contagioso.

La impresión que sus amigos sufrieron, Feliú Cruz la deja consignada en una página conmovedora (pág. 51).

Las entrecruzadas líneas de su móvil silueta en este repertorio atestado de datos, hechos, nombres, fechas, utilísimo para el estudio de nuestra literatura durante el medio siglo, fidedigno e inapreciable como fuente de informaciones biobibliográficas, esbozan la trayectoria febril de este gran servidor de las letras nacionales, relacionador universal y apóstol sacrificado a una causa en que él sembraba para que otros recogieran.

672948